

Yo que soy el que ahora está cantando. Seré mañana el misterioso, el muerto.

JORGE L. BORGES

Hace un rato se encendieron las luces en la ciudad. Es invierno en Madrid. En torno a mí, un vago torbellino forja mariposas de frío revoloteantes que rezuman su clamor por las farolas. *Mi propio aliento me sube hasta los ojos y me envuelve en el misterio más profundo; es lucha de ser contra uno mismo (virtud del miedo y sensación de ahogo). Absorto llego hasta un portal, miro su número. Es el correcto. Entra y subo las escaleras de dos en dos. Un tanto jadeante, me detengo ante una puerta de apariencia común. Pulso el timbre. Cuatro o cinco segundos... no se escuchan ruidos en el interior. Acerco mi oído a la puerta. Sí... se oyen unos pasos... ¡Menos mal! Tenía el temor de que tampoco esta vez pudiera ser. La puerta se abre lentamente. Una mujer de apariencia normal me pregunta con cierta extrañeza: —¿Qué desea?*

—Soy de la revista "Zurgai"... González de Langarica. Blas me dijo que me acercase a esta hora y...

—¡Ah, sí! Pase.

Se hace a un lado para facilitarme la entrada y con un gesto me indica la puerta de una habitación. *Titubeo. Ella se adelanta y con ligereza me abre la puerta, al tiempo que esboza una sonrisa. En la estancia, al fondo, Blas de Otero, jersey gris y pelo blanco, apenas si se inmota. A mi izquierda, suena la voz de la mujer:*

—Blas, este chico es de la revista "Zurgai", de Bilbao...

La voz profunda del poeta da la sensación de llenar todo el espacio cuando pronuncia una sola palabra:

—Siéntese.

—Gracias.

Blas me mira con ojos lacerantes. Pasan unos segundos. Un vacío tenso cruza el aire. Desvío la vista, y cuando empiezo a observar los detalles de la sala, su voz, esta vez algo más viva, me requiere:

—Usted dirá.

—Soy de Zurgai, de Bilbao. Usted, ¡ejem!. Usted habrá recibido los últimos números.

Blas asiente con un leve gesto.

—Bien, entonces habrá podido observar que llevo la sección de entrevistas. Mi gran ilusión esta ésta, poder hacérsela a usted, caso de que no tenga inconvenientes.

—No soy amigo de entrevistas. No obstante y ya que está aquí...

Blas se mueve desasosegado en el sillón.

—El caso es que no estoy muy bien de salud, así que le rogaré que sea breve.

—Procuraré ir al grano para evitarle molestias. Empezaré por confesarle que es usted uno de mis poetas preferidos, por los temas que trata, por la perfecta adecuación de vocablos, por ese desprecio mantenido a lo largo y ancho de sus poemas por el barroquismo. Pero... no es de eso de lo que yo quiero hablar.

—¿No?

—No.

—¿Entonces?

—Hay algo que me desazona. No sé quizás... quizás sea un tanto traumatizado en mí, lo cierto es que lo que más me preocupa de usted, así como de cualquier otro poeta —siempre que sea social—, es la autenticidad, la lógica correspondencia exigible entre poema y poeta.

—Yo creo que, al lector, lo que le debe de importar es la obra como resultado...

—Hay quien afirma aún más. Algunas personas señalan que la vida y hechos del autor no dejan de ser pura anécdota, que lo único que reviste interés es su obra.

Blas parece asentir con su silencio.

—Yo creo que no es correcta esta forma de opinión. Es más, me ratifico en todo lo contrario. Cuando un poeta o escritor social realiza su obra y la proyecta públicamente, esta conlleva en sí misma una ideología más o menos definida. En su caso la comunista, ¿no?

—Así es.

—Exacto. Por este motivo pienso que esa ideología incide de forma básica en el ánimo de los lectores. Qué duda cabe que la poesía social, política o revolucionaria, realiza una función de arenga primordial sobre la sensibilidad receptiva del individuo.

—No cabe duda. Así es en efecto.

—Pues bien, por esa misma razón considero que, en caso de darse dicotomías o divergencias entre obra y autor, lo realmente anecdótico sería su obra, ya que esta se hallaría sustentada sobre motivaciones totalmente falsas e inicuas.

—No creo que el asunto sea tan determinante, tan rígido.

—Yo creo que sí. De todas formas, si le parece, dejamos esto en el aire y paso a hacerle unas preguntas.

—Vale.

—Es sabido, al menos por quienes le conocen, su carácter introvertido, sus profundas crisis de silencio, su llamémosle... histrionismo multiplicado.

Blas me observa con un interés frío, fijo. Continúa:

—Un amigo de usted, compañero de militancia, me contó como solía esforzarse en romper su carácter para poder dialogar con los niños, hacerles una caricia, sonreírles. Según su amigo, usted pensaba que un comunista no podía comportarse de forma ruda o retraída ante un mundo tan vivo y delicado como el de la infancia.

Blas de Otero intenta escoger una sonrisa.

—Es cierto.

—¿Sí...?

—¿A qué esa interrogante?

—Según rumores llegados hasta mí, existen actitudes en su vida social que no

ratifican lo dicho por su amigo.

—Bien, dígame con claridad.

—Bueno, no sé... son solamente rumores. No tengo pruebas. He intentado informarme por algunas personas que le conocieron. No me ha sido posible. De todas las maneras son solamente —ya le digo— rumores, y no creo que sea lícito ni elegante basarme en ellos para "interrogarle". Además es claro que esta entrevista tiene sus limitaciones.

—Estoy empezando a catalogarle.

—¿Sí?

—Sí. Forma usted parte de esa estúpida legión de poetastrós ridículos que intentan adquirir notoriedad a base de desprestigiar a quienes ya la tienen.

—Se equivoca.

—¿Me equivoco...?

—Sí.

—No lo creo. ¿A qué entonces estas preguntas?

—Usted dijo de Unamuno que filosofaba como una carraca, y yo, quiero saber si usted ha empleado la misma carraca para poetizar. Aún más. Quisiera aclarar si ha sido el partido comunista quien se la compra.

—¡Vaya, hombre... eres incisivo, eh!

—También usted lo es. Al menos es una de sus constantes en poesía.

—¿Tien algo contra el partido comunista?

—Lo mismo que con la mayor parte de los partidos de la izquierda.

—¿Qué?

—Mire, yo soy obrero, y me molesta —más— me jode muchísimo que los obreros no figuren casi nunca en los "cuadros de mando" de esos partidos.

—Pero es que para ejercer un cargo de ese tipo se necesita una formación que...

—No siga. Una formación que los obreros no acostumbra a tener, burguesa, burocrática. Por eso mismo quizás esos partidos en lugar de izquierdas aparentan ser de la burguesía. ¡Y si sólo lo aparentan!

—Te equivocas.

—Puede no andar muy fuerte en política. ¡Como tengo que trabajar!

—Te molesta trabajar.

—Me molesta más que me manejen. Los partidos de izquierda debieran de nacer para apoyar al obrero, al humilde.

—Y así sucede.

—Pues son unos apoyos bastante raros a juzgar por su maniobrabilidad actual.

—Nada es perfecto.

—Eso parece.

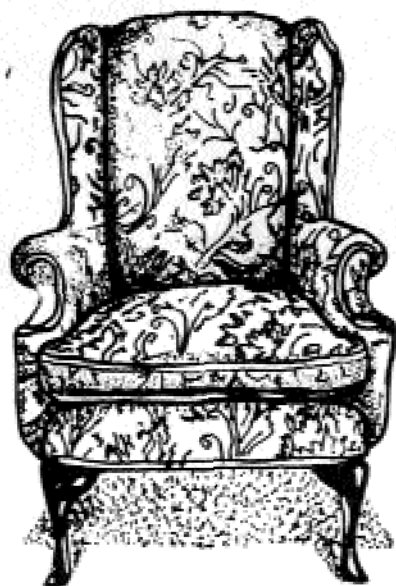
Fuera comienza a llover. Blas, fija su vista en el agua que se estrella en los cristales.

—¿De modo que crees que el partido me compró la carraca...

que he vendido mis versos?

no pudo ser con:

BLAS de OTERO



—No, exactamente.
—Tu dirás.
—El partido comunista tiene fama de cuidar sobremedida a sus intelectuales, poetas, pintores, cantautores, etc. Apoyan su promoción, subvencionan viajes a diferentes países...
—Eso debiera de servir como referencia a otros partidos, y no debe tomarse ese tipo de apoyo como algo deshonesto. Además, ¿por qué no va a poder un intelectual militar en un partido político?
—No digo que no pueda. Un verdadero intelectual, honrado e íntegro, puede serlo dentro y fuera de un partido, pero fuera de él tiene muchas más posibilidades de seguir siéndolo.
—¿Por qué?
—Porque evita posibles, y en la mayoría de los casos, inevitables, coacciones y se encuentra, en definitiva, en condiciones óptimas para desarrollar su labor. A contra pelo de todo. Lo que también está claro es que fuera de él tendrá más dificultades para publicar, exponer, actuar, etc.
—Así que, según tú, la coacción figura de entrada.
—Sí.
—¿O sea que el partido ha favorecido mi obra?
—No. Eso sí que no. Ha favorecido su fama, su notoriedad y —claro está— la del partido. La obra, no.
—¿Me ha condicionado?
—Estoy plenamente convencido.
—¿Eres de los que creen que "Ancía" es lo mejor que he escrito?
—Sí.
—¿Era entonces más auténtico?
—Quiero creer que sí.
—¿Por qué?
—Porque le admiro y no me gustaría que fuese de otra forma.
—Veo, por lo que has dicho antes, lo de las murmuraciones, que tengo enemigos por ahí.
—Usted siempre emplea los adjetivos con exactitud. Este que acaba de emplear me parece exagerado.
—¿De verdad?
—Sí. En el peor de los casos, todos reconocen tu talla poética. Tu valía técnica, quiero decir. Aunque personalmente no les calga usted muy bien.
—¿Te habrán comentado mi actuación durante la guerra?
—Sí. Me insinuaron algo de una posible pertenencia a un comité de depuración.
—Es raro que no me lo hayas echado en cara.
—Pienso que cualquier persona es distinta con una pistola en la espalda; a nadie en esa circunstancia se le puede pedir mucho.
No obstante, en algún poema dejó dicho que no hay cosa más tonta que de-

jarse matar sin más ni más. Si sucedió aquello, como parece, perdió la oportunidad de morir por algo.

—¿Te agradaría muerto?
—¡Que no, hombre!
Blas, con ironía:
—¡Menos mal!
—A nadie se le puede reprochar el ansia de vida y usted, a pesar de codearse tanto con la muerte, la tenía.
La puerta de la habitación se abre en ese momento. Una voz femenina pregunta:

—¿Os apetece un café?
Blas parece no oír. Unos segundos... Vuelvo la cabeza. La mujer sonriente:
—¿Le apetece a usted?
—No, no. Muchas gracias.
—Como quiera.

La puerta se vuelve a cerrar. Blas entorna los ojos. Otra vez el silencio. Luego, su voz densa, cansada:

—Así que le molestan los poetas militantes...?

—Me molestan los partidos. Sus manejos. La creación de mitos. Un poeta es sólo eso: un hombre que hace poesía. Las cosas hay que dejarlas en su lugar. Y el lugar de las cosas es pequeño. El de los poetas también.

—Ya.
—Me gustaría seguir conversando con usted, pero posiblemente le estaré incordiando en exceso y...

—Sí, sí, me duele un poco la cabeza, le agradecería...

—Bien, bien. (Me levanto). Muchas gracias por recibirme. Sé que no es pródigo en eso. Bueno... ¡Adiós!

Salgo a trompicones. En mi precipitación olvido saludar a la mujer que me acompaña a la salida. Me doy cuenta de ello cuando ya estoy en la calle y he cruzado la calzada. Desde allí dirijo mi vista a una habitación que deja escapar la luz eléctrica a través de las cortinas. Detrás de ellas —pleno— está Blas Otero, poeta militante, con sus aciertos y sus errores, y con sus ojos abiertos, bien abiertos...

PABLO GONZALEZ DE LANGARICA